

Psicoanálisis <> Prevención: Abordar el malestar adolescente en ámbitos educativos

Mariela Ana Mozzi

Universidad Nacional de Tucumán

marielamozzi@hotmail.com

Recepción: Febrero 2022 / Aceptación: Mayo 2022

Resumen

A partir de considerar el encargo de prevenir en ámbitos educativos como una característica de la época actual, se hace necesario construir un andamiaje teórico que oriente una respuesta desde el Psicoanálisis ante este encargo. Este escrito pone en conversación los términos Psicoanálisis y Prevención y se enfoca especialmente en el abordaje de las problemáticas sociales en adolescentes en el ámbito educativo. El campo preventivo refiere tanto a la subjetividad como a lo colectivo, por eso la definición de psicoanálisis como práctica de discurso disuelve la aporía entre lo individual y lo social.

Parto de una hipótesis general que establece que la relación entre los términos Psicoanálisis y Prevención estaría mediatizado por la lógica del punzón (<>). Símbolo lógico que permite una multiplicidad de conectores (inclusión - disyunción, condicional, etc.) y que establece una tensión entre relación y no-relación, une y separa al mismo tiempo y permite encontrar puntos de convergencia y divergencia entre ambos términos.

Desentrañar este abanico de combinaciones a partir de analizar el encargo de prevención permite fundamentar la lógica de los dispositivos posibles y la orientación sustentada en la teoría psicoanalítica. Es una invitación a no retroceder ante la espira a la que la época nos arrastra.

Palabras clave

Psicoanálisis, Prevención, Síntomas Sociales, Adolescentes, Escuela

Psicanálise <> Prevenção: Enfrentando a sintomas sociais nos adolescentes em ambientes educativos

Mariela Ana Mozzi

Universidad Nacional de Tucumán

marielamozzi@hotmail.com

Recepción: Febrero 2022 / Aceptación: Mayo 2022

Resumo

Considerando a tarefa de prevenção em ambientes educacionais como uma característica da época atual, é necessário construir um andaime teórico para orientar uma resposta da Psicanálise a esta tarefa. Este documento coloca em conversa os termos Psicanálise e Prevenção e se concentra especialmente na abordagem dos problemas sociais dos adolescentes no campo educacional. O campo preventivo refere-se tanto à subjetividade quanto ao coletivo, razão pela qual a definição da psicanálise como prática discursiva dissolve a aporia entre o indivíduo e o social.

Parto de uma hipótese geral que estabelece que a relação entre os termos Psicanálise e Prevenção seria mediada pela lógica da *awl* (<>). Um símbolo lógico que permite uma multiplicidade de conectores (inclusão - disjunção, condicional, etc.) e que estabelece uma tensão entre relação e não-relação, une e separa ao mesmo tempo e nos permite encontrar pontos de convergência e divergência entre os dois termos.

Desfazer esta gama de combinações analisando a ordem de prevenção permite estabelecer a lógica dos dispositivos possíveis e a orientação com base na teoria psicanalítica. É um convite para não recuar da espiral para a qual a era nos está arrastando.

Palavras-chave

Psicanálise, Prevenção, Sintomas Sociais, Adolescentes, Escola

Psychoanalysis <> Prevention: Addressing social symptoms in adolescents in educational settings

Mariela Ana Mozzi

Universidad Nacional de Tucumán

marielamozzi@hotmail.com

Recepción: Febrero 2022 / Aceptación: Mayo 2022

Abstract

Considering the task of prevention in educational settings as a characteristic of the present time, it is necessary to build a theoretical scaffolding to guide a response from Psychoanalysis to this task. This paper puts in conversation the terms Psychoanalysis and Prevention and focuses especially on the approach to social problems in adolescents in the educational field. The preventive field refers to both subjectivity and the collective, so the definition of psychoanalysis as a discourse practice dissolves the aporia between the individual and the social.

I start from a general hypothesis that establishes that the relationship between the terms Psychoanalysis and Prevention would be mediated by the logic of the punch (<>). A logical symbol that allows a multiplicity of connectors (inclusion - disjunction, conditional, etc.) and that establishes a tension between relation and non-relation, unites and separates at the same time and allows finding points of convergence and divergence between both terms.

Unraveling this range of combinations from the analysis of the prevention assignment allows us to base the logic of the possible devices and the orientation based on psychoanalytic theory. It is an invitation not to retreat from the spiral into which the era is dragging us.

Key words

Psychoanalysis, Prevention, Social Symptoms, Adolescents, School

Psicoanálisis <> Prevención: Abordar el malestar adolescente en ámbitos educativos

Mariela Ana Mozzi

Universidad Nacional de Tucumán

marielamozzi@hotmail.com

Recepción: Febrero 2022 / Aceptación: Mayo 2022

La prevención es un factor de la política

El horizonte de nuestra época nos enfrenta a una demanda constante de prevenir, encargo social que se hace presente en la mayoría de los ámbitos de práctica de los profesionales, me atrevería a decir que en todos, como educación, salud, clínica, jurídica, comunitaria, social y laboral, y abarca casi todos los aspectos de la vida del hombre. Podríamos afirmar que la prevención se ha convertido en un factor de la política, parafraseando a Lacan cuando sostiene que la felicidad se ha transformado en un factor de la política (1960). ¿Será la prevención o el ideal de saneamiento una versión de la felicidad?

Considero, entonces, que en tanto se instituye como una política actual que determina prácticas sociales, hace necesario que el Psicoanálisis entre en conversación con ella. Conversación que tiene su lógica particular, no significa que sea “intrusiva” pero tampoco “pacífica” (Paul-Laurent Assoun, 2006, p.44), o, podríamos calificarla al menos de “incómoda” (Alicia Álvarez, 2006, p. 16). El propósito de este escrito es poner en relación ambos términos, psicoanálisis y prevención.

Esto lleva a formular la siguiente pregunta: ¿cuál sería el interés del Psicoanálisis por la Prevención? O, dicho de otro modo: ¿por qué nos ocuparíamos de prácticas orientadas hacia la prevención quienes sostenemos una formación y una práctica desde el Psicoanálisis?

Recordemos lo que Sigmund Freud anticipaba ya en 1913 sobre el interés del Psicoanálisis por otras prácticas en el campo social. Sostenía que el Psicoanálisis trascendería los límites de la terapia de la

neurosis que constituyó su origen y se pregunta por la masificación de la práctica analítica y su inclusión en instituciones públicas. Dirá entonces:

(...) habrá de despertar la conciencia de la sociedad y advertir esta que los pobres tienen tanto derecho al auxilio del psicoterapeuta como al del cirujano, y que las neurosis amenazan tan gravemente la salud del pueblo como la tuberculosis (...); y cuando esto suceda (...) se nos planteará entonces la labor de adaptar nuestra técnica a las nuevas condiciones. (1981, p. 160).

El horizonte que Freud ya percibía implicaba un movimiento hacia el campo social y no negaba que el Psicoanálisis tuviera algo para decir. Sobre las nuevas condiciones que advertía se trata el desarrollo de este escrito.

Freud interpeló a las Ciencias Sociales y se ocupó de lo que ellas dejan afuera. Sus desechos dirá Assoun (2006, p.53), el reverso de lo social. Esto va delineando un modo de relación que anticipamos que no es del orden de la complementariedad, ni del rechazo, sino de la problematización de los objetos de cruce. Dice metafóricamente Assoun:

Es la presa de caza inconsciente la que conduce al “investigador” en psicoanálisis, hacia la ciencia del lenguaje, la estética, la sociología (...) Pero es esencial percatarse de que esa presa de caza es la misma que cazan las diversas disciplinas, en su campo propio. Es en estos puntos donde se abre el intercambio. (2006, p. 51)

Lo que nos hace no retroceder ante el encargo de prevención es sostener la existencia del sujeto del inconsciente y su entramado en la estructuración del lazo social y nos obliga a diferenciar y reformular la perspectiva preventiva, sus objetivos, estrategias y dispositivos posibles.

¿Qué significa prevenir? La definición de Diccionario de la Real Academia Española establece que prevenir es “preparar, aparejar y disponer con anticipación lo necesario para un fin”; “ver con

anticipación, conocer de antemano un daño o perjuicio”; “imbuir, impresionar, preocupar a alguien, induciéndolo a prejuzgar personas o cosas”. (DRAE, 2001, Vol. 8, p. 1242).

Relativo a la palabra prevención debemos agregar el significado referido a: “concepto, por lo común desfavorable que se tiene de alguien o algo” y “puesto de policía o vigilancia de un distrito, donde se lleva preventivamente a las personas que han cometido algún delito o falta”. (DRAE, 2001, p. 1242). Estas definiciones, que remiten a la anticipación a que algo suceda a fin de procurarlo o evitarlo, ubican la lógica y la metodología principal de los modelos en Prevención: 1) la disposición de acciones que anticipadamente se aplican a fin de evitar el daño previsto, cuya principal estrategia es la transmisión de información, o la influencia (muchas veces moral) sobre los demás de lo que se estima peligroso; y 2) la prohibición, el castigo y el control social.

La secuencia, según se analiza en la definición, sería, primero la nominación de aquello que se querría evitar, la identificación de un determinado fenómeno como problemático o sintomático, causa de malestar. En segundo término, se construyen teorías acerca de las causas y se disponen estrategias y acciones tendientes a disminuir la aparición de dicho fenómeno. Esto abre un abanico de elementos a analizar: cómo se construye esta problemática, cómo se determinan las causas, a quiénes estaría dirigida la acción, cuáles serían las estrategias más adecuadas.

Implica que se instrumenta una intervención justificada en la estadística, la evidencia o la denuncia de ciertas problemáticas sociales sobre conductas o factores de riesgo, con el fin de evitar o disminuir el peligro (Núñez, 2005). Se determinan sociedades en riesgo, poblaciones en riesgo, adolescentes en riesgo, etc. Coincido con la apreciación de Susana Brignoni (2010), quien sostiene que el riesgo es uno de los nombres con que se denomina al malestar en la actualidad, ubicándolo nuevamente en el horizonte de nuestra época.

Esta lógica implica, como hemos expresado anteriormente, el entrecruzamiento de discursos sociales, políticos, técnicos, ideológicos y morales, que, por sus implicancias éticas, resulta indispensable formalizar y analizar para despejar sus incidencias en la demanda de prevención hacia los profesionales de la Salud. La impronta del discurso higienista –antecesor de la prevención

- muestra su relación en la construcción de ideales y valores sociales, la institución de normas de comportamiento esperables y esto vincula a la prevención con la Biopolítica (Foucault).

Como nos plantea Violeta Núñez el término prevención es una voz polisémica (Núñez, 2004), con diversas acepciones, que van de los campos médicos, a los sociales y a los políticos. Nos Dice al respecto: “lo curioso es que cada uno puede reclamarla para su uso, sin necesidad siquiera de definirla, pues aparece como una obra a realizar por el bien de todos, para todo”. (2004, p. 129). Interpreto que su alcance excede el campo médico y abarca lo que Freud llamó las tres profesiones imposibles: educar, gobernar y curar. Como psicoanalistas nos interesa pensar en estas tres profesiones la práctica en prevención.

En tanto la prevención apunta a una población esta intervención produce un doble deslizamiento dentro de la medicina y con ello las disciplinas afines a la salud. El pasaje de lo individual a lo colectivo y de la enfermedad a la salud (Bleger, 1966) con la instauración de la promoción de la salud, derivada del higienismo y la prevención. Es necesario formalizar la intervención en lo social para preservar la lógica específica de la práctica analítica.

Tomo una definición de Psicoanálisis que propone Alicia Álvarez (2006) que permite entrar en conversación con la Prevención y establecer su presa. Siguiendo los desarrollos de Lacan lo define como práctica de discurso, lo cual permite disolver la aporía entre lo individual y lo colectivo, posibilitando la lectura de una lógica simbólica del lazo social y lo subjetivo.

El inconsciente en tanto hace discurso, es el interés del Psicoanálisis. La autora sostiene que la teoría de los discursos en la obra de Lacan (1970) le permite pensar la incidencia de la práctica del Psicoanálisis en otros ámbitos que no son el dispositivo analítico, dentro de los cuales podemos pensar la Prevención. Por otro lado, y esto es una cuestión atinente a la demanda de prevención la autora nos dice Álvarez que “(...) hay fenómenos que podrían trascender el campo de la patología ya que por su magnitud se ubican del lado de los comportamientos sociales” (2006, p. 42), lo que refiere no sólo al riesgo de los mismos sino al impacto que tienen en el tejido social.

Pensar en la Prevención en su dimensión política permite suponer que la respuesta no puede ser ingenua, que las demandas con las que se interpela a los profesionales deben ser analizadas también en términos de las incidencias políticas de dichas prácticas. La respuesta es siempre desde la ética. La lectura de la lógica de las políticas en Prevención permite despejar las coordenadas que la determinan, a fin de otorgar una respuesta tendiente a restituir la subjetividad y la palabra.

Psicoanálisis <> Prevención

Podemos advertir que los términos Prevención y Psicoanálisis no son idénticos y que ninguno incluye al otro. Esto indica que la relación que podría existir entre ambos términos no es simple ni se pueden homologar sin un análisis de los alcances y límites que cada uno de ellos establece respecto del otro. A su vez, esto permitirá establecer puntos de intersección y disyunción entre ambos campos o, como prefiero llamarlos, discursos.

La primera hipótesis general sería que la relación entre Psicoanálisis y Prevención estaría determinada por el símbolo punzón (losange). Este se escribe así: <>, y describe la relación lógica entre ambos términos. Este símbolo lógico permite una multiplicidad de relaciones tales como: < mayor, > menor, ^ conjunción y v disyunción. También se pueden pensar a través de los conectores lógicos de la Lógica proposicional: conjunción, disyunción (inclusiva y excluyente), condicional (bi-condicional) y negación. Lo cual implica una variada gama de relaciones posibles que, en términos semánticos, se podrían escribir así: Psicoanálisis y Prevención, Psicoanálisis o Prevención, O Psicoanálisis o Prevención, Psicoanálisis entonces Prevención, Si y sólo si Psicoanálisis entonces Prevención, y No hay relación entre psicoanálisis y Prevención.

Como establece Frida Saal:

(...) nuestra propuesta incluye el punzón, porque entre la relación- no relación entre los dos términos se genera una tensión que implica un doble movimiento, de unión y disyunción, en la perspectiva de un

encuentro teórico que al mismo tiempo es necesario e imposible. El punzón tiene así la función de juntar y en el mismo movimiento separar los dos términos. (1996, p. 80)

Lazzari también propone pensar esta lógica, aunque no menciona al punzón, al decir que: “(...) prevención y Psicoanálisis: Psicoanálisis y Prevención, donde el Y, articula, produce una conjunción y a la vez una disyunción. Genera un entre-lugar que adscribe a algo común y a algo diferente”. (2008, p. 3). Retomaré en las conclusiones la lógica del punzón, para eso hay un recorrido necesario sobre la lectura del malestar adolescente y los modos de respuesta del Otro.

Ajustar el campo: prevención de problemáticas adolescentes en ámbitos socio-educativos.

La amplitud del campo que fui describiendo hace imposible su formalización para todas sus prácticas, por lo tanto, es necesario establecer un recorte para poder abordarlo. En función de mi práctica establezco un primer recorte al ubicar la práctica en Prevención en el ámbito socio-educativo y a su vez, sobre ese ámbito también ajusto el foco en la Escuela Secundaria y el abordaje de las problemáticas sociales en adolescentes.

El problema bordea las preguntas sobre cuál es la posible respuesta del Psicoanálisis ante el encargo social de prevenir problemáticas adolescentes y cuál su lógica para el abordaje en ámbitos educativos. Dicho de otro modo cuál es el modo de abordar el malestar adolescente en un escenario educativo cuando el encargo refiere a su eliminación.

Como mencioné al inicio las prácticas preventivas han aumentado en los últimos años, y resulta necesario situar que esta demanda no sólo se instaura como política sino que deviene una exigencia. Numerosas leyes nacionales obligan a realizar prácticas preventivas, lo cual va acompañado muchas veces de programas a nivel local o nacional y que ubican a la Escuela en el centro de la escena. La Ley ordena prevenir.

Coincidentemente con lo propuesto por la OMS (2013) estas acciones se dirigen a las mismas problemáticas que nombran la legislatura, prácticas y conductas de riesgo: adicciones y abuso de

alcohol, sexualidad, embarazos y ETS (enfermedades de transmisión sexual), violencia escolar y trastornos alimenticios, entre las más mencionadas. Los riesgos en el tránsito también adquieren estatuto de problemática a prevenir y se incorpora en la educación desde el nivel inicial.

Las principales estrategias que se despliegan en la legislación vigente, ubican a la Escuela como el ámbito privilegiado de aplicación de estas prácticas. Entre las acciones podríamos nombrar la transmisión de información científica, contenidos necesarios para evitar la conducta de riesgo; la instauración de la problemática en la opinión pública a fin de generar la intención de evitarla (a través de la difusión masiva); el favorecimiento del cambio de conducta o actitud a partir de la transformación de la idiosincrasia (saber popular contrario al saber científico); la disminución de los niveles de tolerancia hacia la problemática; y la promoción de valores sociales. Habría que agregar la prohibición y el castigo (penalización de la acción) como otras estrategias de prevención ampliamente utilizadas.

La legislación respecto de un fenómeno social se imparte como modo de restaurar un orden considerado deseable y que es un intento de regular lo que resulta disruptivo al orden social. Esto indica que las manifestaciones llamadas sintomáticas son anteriores a su legislación, lo cual nos lleva a preguntarnos cómo se constituyen en problemáticas sociales.

La existencia de problemas sociales como hechos objetivos, evidentes, forma parte de nuestras categorías de sentido común. Se considera que si algo es percibido como problema social, ello se debe simplemente a las características objetivas de tal problema (Rosana Reguillo, 1997). Sin embargo, las cosas no son tan sencillas. ¿Qué significa que un fenómeno se califique como problemática social en adolescentes o en la adolescencia? ¿Cuál es el lugar que esa clasificación otorga a los adolescentes? ¿Quién la categoriza como tal? ¿Cómo responden a ese lugar los jóvenes?

Considerando ciertos desarrollos de la Sociología (Reguillo, 1997), podemos pensar que la definición de los problemas sociales siempre implica el entrecruzamiento de discursos, entre los cuales se incluyen discursos científicos y sociales; y que ponen de manifiesto el protagonismo de

determinados grupos sociales, que definen como problemática una situación, y su solución consecuente. Esta construcción, que no está exenta de la política o de las creencias, implica estructurar la realidad a partir de un sistema de categorías que tienden a universalizarse. Dicha operación, que no puede considerarse una mera ficción en tanto se basa en hechos existentes, de institucionalizar una problemática le confiere realidad social y con ello otorga identidades posibles, formas de pensamiento a la que los sujetos tienden a adecuarse. ¿Podríamos pensar desde el Psicoanálisis a las problemáticas nombradas sociales como efectos de discurso? ¿Cómo pensar el lugar de los adolescentes en el discurso social actual?

Los comportamientos en la adolescencia no son ajenos al discurso que de ella se establezca. Sostiene Daniel Korinfeld,

(...) objeto de políticas, de programas, de reformas, de campañas, para prevenir, anticipar, para reeducar, rehabilitar. El joven comienza siendo objeto de desconfianza, de sospecha, de detección cuando no de persecución, antes que sujeto de su educación” (2010, p. 3).

La respuesta de los adolescentes está determinada por el carácter performativo de esas afirmaciones que, sin tener valor de verdad, produce como efectos actos que la afirman. Según Martín Criado,

(...) los sujetos tienden a adecuarse a una forma de pensamiento y comportamiento socialmente definida y los sujetos tienden a adecuarse a la definición social de la categoría en que se hallan incluidos” (2005, p. 10).

Se propone entonces pensar las problemáticas sociales en la adolescencia como efectos de discurso.

Síntoma y demanda: las dimensiones del síntoma

La experiencia en este campo nos permite ubicar la particularidad de los pedidos respecto de la Prevención, especialmente en ámbitos socio-educativos. Estos requieren un cierto análisis, sobre todo porque de ellos también depende la respuesta que se arbitre. Coincido con el Dr. Fernando Ulloa (1997) quien refiriéndose a la práctica de psicoanálisis en la numerosidad social nos advierte que se despliegan como convocatorias sin demanda.

Podríamos establecer un cierto desajuste –que, aunque es estructural, tiene su particularidad en este campo– entre la demanda y las manifestaciones sintomáticas, que podría describirse así: quien demanda (institución) no porta el síntoma y quien muestra el síntoma (adolescentes), no demanda. Particularidad que presentan también los síntomas actuales en la clínica tales como las adicciones, la anorexia-bulimia, o incluso la práctica clínica con niños y adolescentes (Recalcati, 2004). Por eso, la función que cumplen las instituciones es casi la de hacerse eco de un malestar difuso, común a varios, pero que no subjetiviza la demanda.

Esta forma de pedido respondería más a una urgencia del Otro (Párraga, 2007) respecto de la Prevención, que también es efecto de cómo se instalan en el discurso las problemáticas antes mencionadas.

Sabemos por el Psicoanálisis que siempre hay un desajuste entre lo que se pide y lo que se desea. Por lo tanto, cabe preguntarnos qué se nos demanda en Prevención. Considero este concepto clave, en tanto la respuesta de los profesionales está determinada por el modo de lectura que de ella se haga. Hebe Tizio nos invita a pensar esta cuestión: dirá que la posición de los profesionales “no es ajena a la interpretación que hacen de la situación en la que les toca intervenir y (que) de la actitud que adoptan se derivan modos de operar, cursos a seguir”. (2010, p. 1). La autora define este tipo de pedidos como encargo social, otros lo nombran con la expresión demanda social (Galende, 1990), o, como mencioné antes al decir a Ulloa, convocatorias sin demanda (1997, p. 16). Respecto del encargo social, Tizio sostiene que las manifestaciones que puede dar a ver el o los adolescentes pueden pensarse como llamados al Otro para que ayude a regular el goce en juego, y, por lo tanto, considera fundamental la función del Otro (que en estos casos puede estar

representado por la institución educativa) en la construcción de síntoma como mensaje. Aunque, en general, lo que aparece es un Otro que se queja de estas manifestaciones de goce, y pide que se eliminen adjetivando al sujeto. En este sentido, la definición de Emiliano Galende (1990) de demanda social, como pedido de restitución a la norma de todo aquello que como resto quiebra la pretendida homogeneidad de lo social, es solidaria con lo descripto. Restitución al retículo social, pedido que también reconoce en los propios sujetos, y que relaciona con las profesiones imposibles freudianas: hacer educables, gobernables y curables a los sujetos.

¿Cómo pensar esta idea de Tizio de la importancia del Otro en la construcción del síntoma? Supone una operación que, en el mismo acto de nominar un malestar que puede aparecer difuso, tome valor de mensaje o de enigma. Esta operación presenta una secuencia que puede reconstruirse en tres tiempos que describen la relación del sujeto con el síntoma.

Un primer tiempo en el cual el síntoma o el malestar se identifican con la vida cotidiana del sujeto. Encuentra el sujeto una respuesta que entra en continuidad con su cotidianeidad, no hace pregunta en tanto la significación cubre el enigma. Estaríamos, dice Miller, en el registro de lo imaginario. Otro estatuto toma el síntoma cuando quiebra la continuidad cotidiana, algo no marcha en lo real, predomina la angustia, y el recubrimiento imaginario resulta insuficiente. El síntoma toma un estatuto real. Recién en el tercer momento, y haciendo su entrada en la dimensión simbólica, el síntoma adquiere categoría de mensaje. Opera como una pregunta dirigida a un Otro, lugar del supuesto saber, que permite enlazar una demanda. Registro simbólico del síntoma que "(...) capturado por el discurso del analista, transformado en demanda queda enganchado al Otro". (Miller, 2006, p. 9)

Tomando esto como guía para pensar la Prevención, implica que no es posible el accionar que sólo incluya a los adolescentes y sus conductas de riesgo, sino que de lo que se trata es de la relación de los sujetos con el Otro.

Si lo pensamos desde la propuesta freudiana, el modelo psicopatológico de las neurosis actuales sería solidarias de esta transmutación. Respecto de las mismas Freud dice que las neurosis actuales

(neurastenia y neurosis de angustia) caracterizadas por un incremento de la angustia y manifestaciones sintomáticas que no refieren a significaciones reprimidas y no se ligan a representación son el núcleo y la etapa previa del síntoma neurótico. El grano de arena que conforma la perla. La referencia a las neurosis actuales como modelo para pensar el sufrimiento en las instituciones y en la cultura, como un momento anticipado, previo a que el síntoma tome estatuto de tal e interrogue al sujeto.

La demanda de Prevención sobre una determinada temática toma como eje un campo de problemas (deserción, consumo de alcohol, violencia, etc.) identificado como síntoma social, nominado por el Otro, y que requiere diferenciar del síntoma del sujeto y de la dimensión social del síntoma.

En este punto es importante diferenciar quién demanda y de quién es el síntoma, y para ello es importante definir cómo pensar el síntoma en sus distintas dimensiones. Roberto Harari nos dice:

(...) el síntoma es ‘algo que hace ruido’, aquello que no anda en lo Real, o dicho de otra forma señala el sitio de la quiebra de la tensa homogeneidad armónica, del mundo apacible (...) El síntoma social demanda por su reconocimiento en tanto implica el retorno de una (semi) verdad sofocada por el imaginario social que la excluye en aras de la aludida homogeneidad (1994, p. 14).

Harari lo describe como un quiebre disruptivo, rompe la coherencia discursiva pero no como mensaje sino como ruido, sin palabra.

Tizio define los síntomas sociales “como categorías colectivas –de aparente homogeneidad– que intentan nombrar un goce desregulado proponiendo tratamientos que producen formas de rechazo cada vez más fuertes” (2010, p. 7). Son efecto de los modos y funcionamientos de los dispositivos de gestión –de control social– entre los que incluye a la institución educativa. Estas categorías definen predicados universales como atribuciones a un supuesto ser –como el adicto, el delincuente, el violento– que determinan las intervenciones y producen efectos de identificación en

los sujetos. Podemos pensar, con el Psicoanálisis, que estas categorías ponen de manifiesto lo que es rechazado de lo subjetivo (sus modos de goce), y que disponen acciones políticas en pos de eliminar sus manifestaciones. Caracterizar a los sujetos como víctimas o culpables nos lleva a una desviación que no permite situar la responsabilidad del sujeto y que responde al encargo social de control. (Tizio, 2010)

Estos síntomas están nominados por el Otro (nominaciones de las cuales las disciplinas científicas no están ausentes) e indican lo que el Amo dice que no funciona, montados en el Discurso Amo y en el Discurso Universitario se imponen como saberes universales anulando la dimensión subjetiva. Considero una tarea pendiente la discusión sobre las implicancias éticas de nuestras prácticas en el campo social y fundamentalmente desentrañar los supuestos morales e ideológicos que las sustentan. Sin embargo, no adscribir a la lógica de las categorías para definir síntomas sociales no indica negar la dimensión social de los síntomas que como nos dice Rithée Cevasco permite establecer un puente entre el saber del síntoma y el saber de la Cultura. (1996). Al nombrar las problemáticas sociales en adolescentes como efectos de discurso estamos incluyéndolas en el orden del lazo social y el discurso de la época.

Colette Soler nos ofrece una guía. Sostiene, con Lacan (1969/ 1970), la idea de lazo social como práctica de discurso, o lo que Freud llamaba civilización. Soler dirá respecto de la dimensión social del síntoma: "(...) por un lado puede decirse que el síntoma es siempre singular, que inscribe la diferencia de un sujeto, su diferencia no colectivizable" (1997, p. 227). Cabe aclarar que ella sostiene la idea freudiana de que el síntoma es una forma de resistencia ante el imperativo del discurso y las exigencias culturales. En esa coyuntura, Brignoni (2012) señala que los síntomas en la adolescencia toman una nueva forma, denominándolos síntomas del lazo social ya que por un lado se presentan como epidemias y por otro se producen como fenómenos de identificación a lo grupal.

Siguiendo con la lectura de Soler, establece: "(...) pero al mismo tiempo comprobamos que los síntomas son históricos y fluctúan con la historia, (...) sufren la influencia del discurso" (p. 227). Allí

distingue que en el inconsciente no todo singular; en lo relativo a la enunciación, sí; pero en sus contenidos, está ligado a la lengua y recibe lo que llama los depósitos del discurso; sería permeable al discurso. Y agrega:

Digo con precisión que el inconsciente se fija como goce en el síntoma. Y el discurso, por su parte, inscribe sus semblantes, sus imágenes, sus símbolos en el inconsciente. (...) y también propone lo que llamé “sus ofertas de gozar” (...) ordena los goces. (p. 229).

Entonces podemos ir diferenciando lo que se instaura como predicados universales, que proponen acciones tendientes a su erradicación (en este sentido, las políticas sanitarias siguen este formato), y lo que podemos considerar la dimensión social del síntoma o su engranaje con el discurso de la época.

Es preciso establecer que el psicoanálisis no responde a una lógica universal y que su abordaje interviene en la dimensión de lo particular, como dice Anabel Salafia: “¿puede el síntoma social ser tratado de otra forma que como particular?” Y agrega: “en todo caso, la interpretación lo hace singular” (2012, p. 43). Lo cual va cerniendo el campo de nuestra práctica en lo social.

Propongo pensar que lo universal, lo particular y lo singular se enlazan a otras dimensiones que atañen a nuestro campo de intervención: cultural o social, institucional y subjetivo. La dimensión social o cultural remite a lo planteado por Soler como la permeabilidad al discurso de la época, a los significantes que predominan, a las proposiciones universales que ordenan prácticas sociales, etc. Lo institucional refiere al plano de lo particular, en los modos en que una institución, una escuela, responde al encargo o demanda social ante el malestar; y lo singular a los modos subjetivos que muestran que siempre la solución entre el sujeto y la cultura es desajustada. Entender el síntoma en sus distintas dimensiones no tiene el sentido de promover un acople adecuado, sino que es un orientador (Cevasco, 2010) que nos permite leer aquello que hace límite a las exigencias de lo social. Ubica un imposible en juego.

Lecturas del malestar adolescente

Voy a empezar por situar algunas ideas sobre la adolescencia. Comienzo por el sesgo que la coloca como categoría universal, que la define en primera instancia como un momento de pasaje, de tránsito entre la niñez y la adultez, que define *lo que deja de ser y lo que aún no es* y que difiere en las distintas sociedades. Como se puede observar la indefinición del ser del adolescente, en tanto deja de ser y aun no es marca un sesgo enigmático tanto para adultos como para los adolescentes. Ante este enigma es que las categorías vienen a intentar llenar un agujero, por lo tanto, como categoría social, es efecto de un discurso que lo nombra.

Históricamente, la adolescencia –al igual que la niñez– no tuvo siempre el mismo lugar que el que presenta en la actualidad. La invención de la adolescencia (efecto de la revolución francesa que marca el inicio del sujeto de derecho) acompaña a la emergencia de la familia moderna, a partir del siglo XVIII, cuyas clases privilegiadas van otorgando este tiempo de impasse. A esto se asocia también la universalización de la Escuela Secundaria. Podemos decir siguiendo a Bourdieu: ¡Hay adolescencia porque hay escuela secundaria!

En realidad, en todas las culturas ocurre esta operación que separa a los jóvenes de sus familias en esta etapa, ya sea derivándolos a otras familias, a instituciones a cargo de otros adultos, o por la vía de rituales que promueven ese pasaje. (Korinfeld, 2010) Esto ya establece una cierta incompatibilidad, una relación de tensión entre jóvenes y adultos, como establece Bourdieu “...la frontera entre la juventud y la vejez en todas las sociedades es objeto de lucha” (1990, p. 163).

La construcción de la juventud como categoría social aprovecha circunstancias sociales y culturales de excepción, estableciéndose su punto culmine con los movimientos estudiantiles de mayo del '68. (Le Breton, 2014). Efecto de la postguerra y la declinación de la función paterna que ya planteó Lacan en el 38.

Desde ese tiempo fue sedimentando un discurso del adolescente como transgresor, peligroso, rebelde y conflictivo. Tendencia a la homogeneización que caracteriza nuestra época, lo cual lleva a hacer intervenciones estándar que pueden empeorar la situación.

Esta labilidad identitaria en los adolescentes, este definirse por lo que aún no es hace que la nominación que el discurso impone repercute en ellos por la vía de la identificación. Así los llamados síntomas sociales en la adolescencia (adicciones, anorexia, violencia, etc.) que describimos como categorías universales que apuntan a nombrar el ser del sujeto producen efectos en la subjetividad. Philip Lacadée (2010) señala que se los fija en “una asignación permanente y en una exclusión segregativa. Hoy día esos lugares, en general, tienen el nombre de un diagnóstico: es un toxicómano, es una anoréxica, es un TDAH, es un opositor.” (p 49).

La respuesta de los adolescentes está determinada por el carácter performativo de esas afirmaciones que, sin tener valor de verdad, produce como efectos actos que la afirman; permeables (muy sensibles) al lugar que el discurso les otorga suelen responder en sus actos adecuados a la categoría en la que se hallan incluidos.

Esto justifica la proliferación de teorías que se construyen al respecto y cuyo deslizamiento tiende a confundir o a reducir el síntoma con el ser, ser adicto, ser anoréxica, ser violento, ser rebelde. Así encontrarán, tanto el adulto como el adolescente, respuestas prêt-à-porter, listas para usar (Tizio, 2014). La adolescencia se asocia algún problema, a algo que genera conflicto social, los medios explican la adolescencia del lado del exceso, de las impulsividades. Siendo estas los objetos de prácticas y demandas en prevención tal como describimos anteriormente.

Como vemos la adolescencia no corresponde a un concepto clínico, ni psicoanalítico si no a una categoría social. Freud (1905) en cambio refería a la pubertad como el punto de inflexión y no a la adolescencia, la cual definía como un túnel que se cava por ambos extremos, de un lado la niñez y del otro la adultez. A partir de la pubertad y durante el período de la adolescencia el sujeto debe replantearse su elección de objeto y su posición sexuada que Lacan llamo sexuación. Entonces la sexualidad se constituye en dos tiempos y la pubertad es un momento de concluir con respecto a lo que comenzó en la infancia” (Brignoni, 2012, p.30).

Freud la llamó metamorfosis de la pubertad, lo cual indica que algo viejo se transforma en algo nuevo. Estas transformaciones atañen al objeto y a las metas sexuales, la pulsión sexual hasta

entonces predominantemente autoerótica halla un nuevo objeto sexual (reencuentra un objeto) y una meta sexual nueva.

Esta metamorfosis implica también un duelo: no sólo debe perder a los padres como objeto de amor, sino que la respuesta que encontró en la niñez ante el enigma por el deseo del Otro, esa respuesta que lo ubicaba como objeto que colma la falta en la madre, también sucumbe en la pubertad. Y devela el desencuentro estructural de ubicar un objeto que colme el deseo. En este sentido, la pubertad conmueve la estructura.

Momento que se ve marcado por la irrupción de la angustia, ya que, aunque pueda presentar un cuerpo de adulto (y adquirir un goce sexual nuevo), subjetivamente está imposibilitado de ocupar el lugar y esto produce división. Introduce una vacilación que puede fracturar esa imagen unificada que conquistó tras el Estadio del Espejo. Se trata de una reedición de este Estadio, proceso que implica un trabajo psíquico, que ya mencionaba Freud, de anudamientos, elaboraciones y tramitaciones subjetivas que se encuentran con una imposibilidad: la ausencia de saber sobre el sexo.

El discurso actual marcado por la relación entre capitalismo y tecno ciencia pretende colmar ese saber con información científica y ofrecer a todos los mismos objetos para gozar, tendencia a la homogenización que impone los mismos modos de satisfacción. Saber que no alcanza para saber-hacer con el encuentro sexual y el sujeto responde con su síntoma, lo más singular pero no por fuera del discurso imperante.

El sujeto necesita de esa construcción fantasmática que le permite fijar un partenaire a partir de lo que son sus condiciones de amor y de goce. (Tizio, 2014). Se trata de una respuesta que debe encontrar cada sujeto como un modo de invención ante la falta de saber estructural. Por eso Hebe Tizio propone hablar de las adolescencias, en singular para oponerse a la lógica homogenizante de la categoría universal.

El adolescente percibe su malestar –esa irrupción de lo real de sexo que quema en el cuerpo- como si viniera desde afuera y se encuentra con dos dificultades:

- 1) No encuentra lugares en los que poder inscribir/decir lo que le pasa.
- 2) No localiza fácilmente a un referente a quien dirigir un llamamiento y solicitar su apoyo, Otro a quien dirigir la pregunta. (Brignoni, 2012)

Entonces el acontecimiento de la pubertad no puede quedar reducido a los cambios corporales, como sostienen Castro, Carraro y Lamota:

(...) lo que importa es el discurso que lo acompaña porque lo que resulta realmente traumático de la pubertad es la relación al lenguaje e n tanto en esa experiencia hay una cierta significación enigmática que al sujeto se le escapa. (2011, p. 4).

Es un momento delicado que necesita de una posición del adulto que aloje ese enigma y acompañe en la función de construcción del síntoma como mensaje (Tizio 2008).

Que el adolescente oscile entre la alienación y la separación del adulto, no indica que no necesite su presencia, o que prescindiera de su función de interdicción y sostén, para anudar ese real innombrable que es la pulsión. El problema es cuando la respuesta cristaliza modos de rechazo de ese goce o se sostienen desde el Ideal. La vacilación de esa función lleva al joven a encontrar respuestas desligadas de lo simbólico y más en el orden de los excesos; el alcohol, las drogas, los cortes y hasta los intentos de suicidio.

Si se pierde esa diferenciación entre adultos y adolescentes, si los territorios se diluyen, los adolescentes se extravían y el riesgo es que no logren apelar al freno de lo pulsional, reclusándose en lo peor (Lejbowicz, 2010). Por eso el adulto debe revisar sus modos de goce o de rechazo al goce de los adolescentes para poder proporcionar un lugar de alojamiento subjetivo que posibilite el anudamiento y la tramitación psíquica necesaria. Esto implica ser alojado en el deseo del Otro, contar con un nombre, un apellido, estar inscripto en una lista, en una escuela, etc.

Cuando esa referencia fracasa, el sujeto puede orientarse por la vía del grupo, de pares, como acceso para separarse del Otro familiar y acceder al Otro sexo. La cuestión es, como nos propone

pensar Tizio, “...si hay perdidas de referencias y los lazos con los pares no son sustentables la sustancia puede dar consistencia y transformarse en algo central.” (2014, p.3) El acceso a un goce que proporciona el toxico suele ir de la mano del efecto masa, y de su contrapartida la segregación, cuestión que se vuelve central en la adolescencia.

Lo que el psicoanálisis nos enseña respecto del malestar adolescente opera a contrapelo de la universalización de las categorías sociales y propone leer el malestar como síntomas del lazo social, donde no está exento el Otro del adolescente (representados por padres, docentes, instituciones) y sus modos de respuesta al llamado de los jóvenes. Esta manera de leer las problemáticas adolescentes orienta nuestra respuesta ante la demanda de prevención. Tal como plantea Tizio:

Si se cree en la adolescencia como universal se cae en la tentación de hacer un conjunto y adjudicar un supuesto ser común a los sujetos que caen bajo la franja de edad que se estipule. Esta es una práctica que responde a la tendencia homogeneizadora de nuestra época y lleva a hacer intervenciones estándar que lejos de resolver las dificultades contribuyen a agravarlas. (2014, p.3)

Las impulsividades o comportamientos de riesgo suelen darse a ver en la escena social, “tienen un carácter ruidoso y espectacular” (Nasio, 2010, p. 26) y que “(...) pueden ser interpretados como puestas en acto por parte del joven de un sufrimiento del que no tiene conciencia, un sufrimiento inconsciente que es intenso, (...) muchas veces no lo siente y si lo siente, no llega a verbalizarlo” (p. 25)

Esta presentación de los síntomas tiene una íntima relación con los modos culturales y el discurso actual cuya desarticulación del binomio S1-S2 que caracteriza al discurso capitalista deja al sujeto en un cortocircuito permanente con los objetos que el mercado ofrece. Refiriéndose a los nuevos síntomas, Alexander Stevens plantea.

(...) lo que evoluciona es la envoltura formal del síntoma, es decir los semblantes, los significantes que evolucionan en el contexto cultural (...)

estos nuevos síntomas (...) están menos vestidos de la envoltura significativa y por el contrario parecerían extenderse a la vida entera del sujeto como una forma, un modo de goce organizado por el sujeto (2001, p. 4)

Esto requiere de un esfuerzo metodológico de diferenciación entre los aspectos relativos a la dimensión subjetiva (que involucran los procesos de constitución psíquica de un sujeto) y aquellos aspectos que se vinculan con la dimensión social, que alude a ordenamientos y regulaciones contingentes de la cultura, lo que refiere a las condiciones del Otro. Hablar de nuevas formas del síntoma es entender que en el síntoma existe una envoltura formal (que es la puesta en relación con los significantes del Otro) y una sustancia gozante (que remite a una letra y que no se liga a ningún Otro).

Estos síntomas se presentan menos vestidos por la envoltura significativa y parecieran extenderse a la vida del sujeto como un modo de goce organizado por él. De ahí que se nombren los síntomas sociales como enunciados universales y se atribuyan al ser del sujeto: ser adicto, ser bulímica, ser violento, etc. Esto hace que queden más fijados, fuera de sentido y, por ende, la implicación subjetiva no se promueve, la pregunta por el por qué se elude y son modos de goce refractarios a la palabra.

Es frecuente que las soluciones sintomáticas del adolescente nos confronten con la apatía frente al deseo, la presencia cada vez más continua de conductas violentas, la elección de un goce fuera del cuerpo como es el creciente consumo de tóxicos, la adherencia a grupos o pandillas cuyo comportamiento le proporciona un lugar de pertenencia y un nombre precario que viene a cubrir el impasse en la identificación. (Ganoza, 2011, p. 2)

Por eso es que estas respuestas que se presentan como puestas en acto remiten a la pregunta sobre el deseo del Otro (que dispara la angustia) y sobre el lugar del sujeto en ese deseo. Como dirán Gabriel Pulice, Federico Manson y Oscar Zelis,

Respecto del acting, podemos pensarlo como un llamado del sujeto dirigido al Otro por la vía del montaje de una escena, cuyo objetivo esencial es hacerle notar su necesidad –la del sujeto– de ser reconocido en el campo de su deseo –el del Otro–, con el propósito de que el Otro se pronuncie acerca de “qué lugar desea para él” (2007, p. 68-69)

Agregan los autores que la mostración (acting) se puede leer como una reivindicación respecto de ocupar para el Otro un lugar distinto de aquel en el que el sujeto se siente que es puesto. Un reclamo de justicia. Que el montaje de la escena repite un argumento de diversos modos, o el sujeto asume una posición que es la que supone que, al Otro, posición desde la cual el otro lo degrada como objeto (objeto de su goce perverso) o bien –siguiendo el mismo axioma– monta una escena en la cual él mismo se hace objeto de esas perversidades que atribuye al Otro.

El borramiento del Otro, quien no registra lo que sucede, quien depone su mirada, lleva al sujeto o a los sujetos (en ocasión de grupo) a hacer un llamado en una puesta en acto que busca el límite como respuesta. Un llamado al Otro a que ayude a regular el goce que se descontrola y deja al sujeto en la desprotección.

Resulta necesario, entonces, detenerse en la posición y función del adulto que, como describe Tizio (2014, p. 6), pasan de no sabíamos nada a no sabemos qué hacer, posición clara del lado de no saber y que tiene efectos en los adolescentes. Este cierre del inconsciente tiene efectos, ya que, al no quedar ligados al saber cómo búsqueda de sentido, dificulta constituirnos como una autoridad (saber), condición de la transferencia.

Orientar la respuesta por el psicoanálisis.

A partir del recorrido realizado estamos en condiciones de desplegar el abanico de la relación posible e imposible entre los términos psicoanálisis y prevención, que al mismo tiempo une y separa.

En tanto la demanda de prácticas preventiva referidas a problemáticas adolescentes se instaura como política y ubica a la Escuela como la vía regia, el psicoanálisis no puede quedar por fuera de este encargo social que caracteriza a la época. Debe hacerse un lugar en el discurso Amo, aunque el Amo no nos lo haga para nada fácil. No para responder a la demanda sino para sintomatizar el pedido y generar condiciones para que el malestar tome la palabra.

Para eso podemos establecer puntos de entrecruzamiento y diferencia.

Psicoanálisis y prevención (conjunción)

Establecer una conversación con el campo de la Prevención requiere de realizar, a su vez, dos pasajes: un desplazamiento hacia el campo de lo colectivo como escenario principal de esta práctica y una orientación de su intervención más allá de la Psicopatología, a nivel de los comportamientos sociales y en el campo de la Salud. Ambos pasajes hacen necesario un corpus teórico acorde y solidario con la teoría psicoanalítica que fundamente este abordaje.

Lo preventivo pensado desde el Psicoanálisis no remite a la meta de evitar los síntomas, pero sí se relaciona con una práctica anticipada, una acción previa, preliminar. Práctica sin demanda, allí donde ni siquiera hemos sido convocados. Previa a la demanda, pero atinente al sufrimiento, cuyo fin sería que el malestar se anude a la palabra y a la creatividad como formas de tramitación ahí donde se encuentra desligada. Este planteo solidario con la idea freudiana respecto de las neurosis actuales – etapa previa al síntoma- estriba en un momento que remite a la falta de anudamiento entre lo pulsional y la representación y en lo relativo al concepto de acting a la caída de la cadena significativa y al montaje de una escena que se da a ver en lo social, un llamado al Otro.

Freud proponía poner a hablar a la civilización sobre las exigencias de la sexualidad como orientación profiláctica y que entiendo solidaria con esta propuesta, dirección opuesta a la lógica de brindar información sobre el riesgo y ubicarnos en el discurso Universitario del lado del

especialista. O tal como sostiene Lazzari (2008), prevenir es ofrecer un lugar para el discurso, es decir, un lugar en el lazo. Coincidentemente, establece Álvarez,

(...) pensar el analista en una comunidad, evidencia que planteamos su práctica como la del discurso del psicoanálisis, y así es que, frente al acontecimiento inexistente en tanto sin sanción, pueda producir un hecho, necesariamente de discurso. Así entendemos que sus intervenciones se registrarán en la cuenta del decir, dimensión donde se ponga en juego la relación del sufrimiento y la subjetividad. Desde esta perspectiva, subjetivar el sufrimiento es un modo de particularizar el síntoma social (2012, p. 11).

Las prácticas en Prevención pueden dirigirse a dos dimensiones distintas: al nivel de los comportamientos sociales y lo referido a la psicopatología. En el primer nivel, el objetivo sería operar sobre las condiciones del discurso y la lógica del lazo social que se asocian a las conductas de riesgo. Es una dimensión que no patologiza la conducta ni la atribuye al ser del sujeto, contraria a la universalización de categorías sociales. Acerca del segundo nivel operaría generando condiciones para hacer existir al sujeto del inconsciente favoreciendo la sintomatización del malestar y el surgimiento de la demanda.

Psicoanálisis o Prevención (Disyunción inclusiva y exclusiva)

Humphrey Parraga (2007) respecto del objetivo del Psicoanálisis sostiene que la prevención no puede establecerse como un objetivo psicoanalítico, como tampoco lo es la cura. Sin embargo, afirma que sus efectos pueden ser preventivos, es decir que los mismos se darían por añadidura. Si bien el Psicoanálisis no toma al síntoma como algo a eliminar sino como un punto de partida hacia la subjetividad, como un orientador de lectura de lo imposible, también sostiene que hay levantamiento del síntoma como efecto de un trabajo analítico. No es un objetivo, pero es esperable. Promueve como salida del malestar no la evitación del síntoma, sino la promoción de

otros modos de tramitación y anudamiento de lo pulsional entre las cuales establece la sublimación, el humor, la producción, el trabajo y la creatividad.

Informar o poner a hablar. La estrategia de educar o informar predominante en Prevención como modo de lograr cambio de hábitos y conductas no constituye una estrategia prioritaria del Psicoanálisis, ya que no se dirige a un sujeto cognoscente, ni el estatuto del saber es similar a la práctica educativa. De lo que se trata en Psicoanálisis es producir otro saber (no sabido) sobre el sentido de las impulsividades que da a ver al Otro.

Esto implica la subjetivación de ese saber, como respuesta íntima sobre cómo eso opera. A su vez, la práctica analítica sostiene la construcción de un nuevo saber sobre cómo los sujetos están concernidos en la problemática, lo que quiere decir que se desplaza de una lógica sobre un saber universal hacia la construcción de un saber particular y singular. Por eso en prevención la información es necesaria pero no suficiente.

El Psicoanálisis no sostiene una concepción de salud como el alcance del ideal. Para Freud la salud es una operación subjetiva: resulta de la capacidad de transformar la realidad sufriente, a partir de no huir ante ella, aun por la vía del humor, ya que hace a la realidad psíquica. Implica soportar la castración, es hacer algo con el sufrimiento y el conflicto, se aleja de la idea de alcanzar el completo bienestar (Ideal). Como nos advierte Francois Anserment: “Es necesario evitar que las estrategias de prevención favorezcan la construcción de esas figuras idealizadas y apremiantes” (2006, p. 53)

El Psicoanálisis no contribuye a la consolidación de categorías universales que atribuyen al ser del sujeto el síntoma: adicto, violento, delincuente, etc., sino que orienta su accionar sobre la relación del sujeto con el Otro, no sobre quien porta el síntoma. Reconoce la dimensión social del síntoma, fundamentalmente pensado a nivel de los comportamientos sociales. Propone leer las manifestaciones sintomáticas en adolescentes como un llamado al Otro, como un síntoma del lazo social.

Al mismo tiempo, y por esto lo ubico como disyunción inclusiva, el Psicoanálisis sostiene que la función simbólica del Ideal favorece el lazo social, opera transmutando el goce y pone límite a la

pulsión agresiva. Entonces allí habrá que bascular entre la exigencia superyoica del Ideal y su cara simbólica que propicia el lazo y la ligazón a la Cultura. Esto requiere poder ubicar el optimun, como plantea Freud, de relación entre lo subjetivo y lo colectivo, sin caer en el desamparo y el quiebre del lazo o la alienación. Dirá Parraga:

Se trata de pensar algunas problemáticas sociales sin borrar lo subjetivo, para que los sujetos puedan asumir responsabilidades y otras decisiones, soportadas en construcciones simbólicas y no en el imaginario". (Parraga, 2007, p. 6)

¿A qué modalidad de práctica preventiva se opone el Psicoanálisis (disyunción exclusiva)? Claramente a aquella que tienda a la eliminación de la subjetividad, a la homogeneización y a la cuantificación de la práctica. Esta praxis ligada al control social, a su protocolización, y a la evaluación es entendida por el Psicoanálisis como un rechazo de la subjetividad y el síntoma. Solidaria con el discurso de la ciencia, la respuesta del Psicoanálisis no puede adscribir a esta política, ya que entraría en contradicción con su propio corpus teórico.

El Psicoanálisis ubica como objeto de su interés lo que los programas de Prevención dejan por fuera: la pulsión de muerte y la tendencia al goce que anida en cada sujeto y que evidencia el reverso del lazo social. Esto muestra que, si bien no puede adscribir a esta política, no es sin ella que el Psicoanálisis opera.

El Psicoanálisis y la Prevención no se dirigen hacia el mismo sujeto. Esta última refiere a un sujeto cognoscente (cuya compulsión al riesgo pasaría por un error cognitivo), racional, que busca su bienestar y la salud y deja por fuera al sujeto del inconsciente, la pulsión de muerte y los modos en que el sujeto se ve compelido al goce, al riesgo.

El Psicoanálisis reconoce la importancia de ofrecer vías de tramitación del malestar que puedan acotar el goce pulsional (como las problemáticas adolescentes) pero no bajo el Ideal de una sociedad sana ya que el malestar es irreductible. El síntoma, lejos de ser rechazado, representa un

orientador de lectura de lo subjetivo, no busca eliminarlo sino interrogarlo propiciando nuevas respuestas.

Psicoanálisis entonces Prevención (condicional)

Esta relación lógica Se podría enunciar así: si se dan ciertas condiciones acordes a la lógica psicoanalítica, los efectos tendrían valor preventivo. De los cuales se derivan las siguientes condiciones: podría haber efectos preventivos en una intervención analítica aun cuando el dispositivo no sea analítico. Lo cual hace suponer que no es el dispositivo sino la presencia de un analista lo que promueve la emergencia del sujeto y la subjetivación del malestar como efecto de ese encuentro. Sin embargo, debe haber ciertas condiciones del campo (grupos, institución, comunidad), para hacerse un lugar en el discurso que permita el anudamiento. Esto es, que sólo bajo condición de transferencia (de saber que participa en la construcción del síntoma, de cómo el Otro lo interpreta) que anude la función deseo del analista a un malestar que haga demanda es que es posible causar efectos preventivos.

¿Por qué llamarlos preventivos? Entiendo que es porque la condición de transferencia no está aún anudada, no hay demanda, es una operación preliminar a la demanda y la transferencia; pero cuyo efecto es, precisamente, anudar el malestar a un discurso. La dimensión simbólica del síntoma (Miller, 2006) alude a una pregunta dirigida a un sujeto supuesto saber y que recién ahí alcanza estatuto de demanda. Y como corresponde a la clínica analítica, es caso por caso.

Si hay condiciones para rotación de discurso y emergencia de la subjetividad, habrá entonces posibilidad de efectos preventivos, ya que esto permitiría subjetivar el malestar o particularizar el síntoma social. Que una relación nueva con la problemática de todos y de nadie (saber universal) concierna al sujeto (saber particular).

Si hay un nuevo saber (no sabido) sobre el obstáculo ante el riesgo, esto quiere decir que se produce un enunciado nuevo cuya enunciación implique al sujeto (implicación subjetiva) y entonces habría posibilidad de efectos preventivos.

Si hay nuevos modos de anudamiento pulsional, socialmente posibilitados, nuevas formas de lazo, habría entonces efectos preventivos. Esto favorecería el pasaje del acto a la palabra y al lazo social. Esto permitiría desplegar nuevas respuestas institucionales que alojen la subjetividad.

Esto podría establecerse así: si y solo si hay implicación subjetiva del malestar, entonces habría efecto preventivo.

Esto significa que es necesaria la producción de un giro en el discurso, que la subjetivación del malestar es efecto de una significación singular sobre el problema, que alguien puede dar respuestas personales sobre la dificultad en saber-hacer con la pulsión, con su tendencia al mal vivir (Milner, 2007), al exceso o al riesgo.

Sobre esta cuestión es importante aclarar que la condición de transferencia se puede ubicar en dos niveles: por un lado, en la función deseo del analista (o vocación como decía Ulloa) se ubica como causa de las prácticas; y, por otro lado, en la suposición de saber que nos convoca al lugar del especialista. Si se responde desde esta última podemos quedar fijados en el Discurso Universitario, lo cual, deja al sujeto bajo la barra. Es un discurso que también segrega al agente por quedar despojado de su lugar de enunciación, al que se le supone un saber. El saber se enuncia en otro lugar y al agente sólo le queda la función de ser su transmisor. Por eso la estrategia de informar no es suficiente para la subjetivación del malestar. Por lo tanto, la propuesta implica virar el discurso. Desplegar esta compleja relación entre los términos permite reorientar la respuesta del psicoanálisis ante el encargo de prevención de problemáticas adolescentes en ámbitos educativos. Se podría enunciar su objetivo de distintas maneras: propuestas como “promover un pasaje del malestar a la creatividad” (Damm, et al. 1999), “sintomatizar el malestar” (Ygel, 1999); “prevenir cómo generar demanda” (Autor Anónimo, 1986); “generar necesidad de discurso” (Álvarez, 2006), “promover rotación de discurso” (Hoyos, 2003), son algunos de los nombres que permiten pensar en los modos en que el Psicoanálisis redefine el objetivo de la Prevención, o, dicho de otro modo, identifica lo imposible del discurso de la Prevención.

Conceptualizaciones como las de Lazzari redireccionan el objetivo de la Prevención,

(...) es dar lugar a la palabra y la creatividad como formas posibles de expresión de la subjetividad (...) Es promover la creación de lazos sociales distintos a los que promueve la masa, para construir desde sí con otros. Será entonces salir del lugar de todos, del lugar común, del espacio anónimo a un espacio donde decir lo propio como-unidad en la comunidad. (...) Cuando se subjetiviza el sufrimiento, se particulariza el síntoma social. Prevenir es generar un efecto de discurso que cña al máximo la imposibilidad. (Lazzari, 2008, p. 2)

Conclusiones

En el inicio de este texto establecí que se trataba de lo que Freud ya auguraba en 1918, sobre adaptar la teoría y la praxis psicoanalítica a las nuevas condiciones de su práctica en lo social. Para Freud y el Psicoanálisis, el malestar en la cultura es irreductible ante el desajuste entre las exigencias pulsionales y las de la cultura. Aun así, propone salidas menos nocivas respecto del mismo, sin pretender una sociedad sana

¿Cuáles serán las condiciones y su orientación en el abordaje del malestar adolescente en ámbitos educativos? Nuestra orientación desde el psicoanálisis será operar en sentido inverso a la homogeneización de las categorías universales, fundamentalmente en la adolescencia. No tapar con la asignación por el lado del ser el enigma con el que se debe encontrar. Acompañar en la construcción de un discurso que acompañe desde un lugar de Otro necesario para que el síntoma tome valor de mensaje. Y en otra vía, en la otra banda, operar en la rectificación del Otro, sea familiar, escolar o institucional conmoviendo esos modos de rechazo al despertar sexual del adolescente.

Lacan dirá que la lógica por la que opera el Psicoanálisis es la lógica del “arte de producir necesidad de discurso” (Lacan, 1972, clase IV), lo cual nos dice Alicia Álvarez: “(...) lo cual es interesante porque ubica al discurso en el orden de la necesidad, esto no es que alguien hable, sino que no ignore la falta como condición del discurso” (2006, p. 217). Considerar al discurso como una necesidad propicia que la interrogación subjetiva tenga lugar. No se trata de llenar de todo saber

sino, precisamente, evitar los saberes coagulados que producen efectos identificatorios, pero no efectos de subjetivación. Ante el discurso tendiente a todo saber de las prácticas en Salud Mental, el Psicoanálisis opone justamente un cierto no saber, una imposibilidad de saberlo todo que permita interrogar lo subjetivo, un amor por la pregunta.

Disminuir las exigencias del ideal, cuyos efectos de segregación son relevantes si se somete a la exigencia desmedida, y acotar la severidad del superyó resulta una guía de hacia dónde dirigir la intervención en Prevención. Esta propuesta es solidaria de desentrañar la dimensión social del síntoma que entendemos que el efecto del discurso de la época (discurso capitalista) en la subjetividad y el lazo social.

En los programas en prevención es factible leer esta modalidad estructurada desde el deber ser, lo saludable o lo ideal. Sostener una posición en la Educación sostenida en el virtuosismo aumenta el rechazo por los modos particulares de goce que presentan los sujetos.

La intervención en el campo colectivo y, específicamente, en ámbitos educativos, tendría una dirección intergeneracional. Esto quiere decir que no estaría dirigido sólo a quien puede manifestar el síntoma o el malestar, sino que se enlaza al campo del Otro. Introduce en relación a la Educación la posición del agente (padre o maestro) como importante en el modo de leer el síntoma y su respuesta. Esto descentra la acción preventiva del sujeto y sus conductas, como sostiene la acción clásica en Prevención, y hace foco en la cuestión de la relación del sujeto con el Otro, en sus diversas dimensiones familiar, institucional, colectiva. Estas dimensiones hablarían de una insuficiencia del Otro en alojar y orientar la subjetividad adolescente en este momento de separación.

En el caso particular de la práctica en Prevención en ámbitos educativos esto hace necesario un trabajo con la institución para resituar la demanda o hacerla surgir. El Psicoanálisis introduce en la relación educativa la función del agente y cómo su posición determina el modo de leer el síntoma y su respuesta. Por eso es que propone la rectificación del Otro como trabajo en la institución.

Sostiene la necesidad de contar con autoridad y reconocimiento social para tal emprendimiento, y refiere claramente al concepto central del Psicoanálisis: la transferencia. Autoridad sostenida en una atribución de saber que es condición para la tarea analítica.

Considero esta condición en dos vertientes: primero, si seguimos la secuencia lógica de la configuración del síntoma para el Psicoanálisis, que sólo cuando el malestar sobre lo que no marcha se enlaza a una pregunta por su causa (que se sabe) puede dirigirse ese interrogante a Otro, supuesto saber. Si pensamos en la demanda que sostiene el encargo de prevención siguiendo la lógica del Discurso Universitario, este convoca un especialista para que transmita un saber sobre cómo prevenir. Semblante del agente, necesario para ocupar un lugar. Transferencia a dos bandas, tanto en la relación con la institución y el mundo adulto como con los adolescentes, a construir en cada caso. La respuesta implica un giro en el discurso, y ofrecer un dispositivo para hacer hablar como proponía Freud.

En segundo término, esta propuesta está sostenida en la función deseo del analista y en una vocación de jugar la partida en el campo de lo colectivo y la Prevención. Interpreto que la condición para que esta práctica se considere analítica refiere básicamente a la función del analista que la causa, o, en este caso, a un equipo que sostenga esa función. Lacan sancionó: "un psicoanálisis, tipo o no, es la cura que se espera de un psicoanalista" (1955, p.317), frase que se volvió axiomática y que permite pensar que la presencia de un analista (tomado en su función) que cause la emergencia del sujeto puede producir efectos analíticos.

Este movimiento requiere de un agente que lo cause, y que promueva la rotación de discurso como modo de preservar las condiciones para la emergencia del sujeto y la producción de nuevos saberes y nuevos modos de lazo. Por eso es necesaria la presencia de un analista, tanto para descompletar los discursos que fijan posiciones alienantes, como para que sostenga una defensa de la subjetividad. Esto también determina el lugar del analista o, mejor dicho, el equipo, ya que el Psicoanálisis paga un precio por incluirse en los otros discursos.

Estas propuestas no dirigen su acción hacia la culpabilización ni hacia la victimización del sujeto por el síntoma, sino hacia la modificación de las condiciones en el lazo entre el sujeto y el Otro. Operan rectificando al Otro (Recalcati, 2004) para promover nuevas condiciones de alojamiento subjetivo. La dirección se orienta a la sintomatización, solidaria con la política del síntoma que opera hacia la instauración de un tiempo de comprender a veces elidido en el pedido de eliminarlo. Implica pensar las condiciones en el lazo con el Otro institucional, y la relevancia de la función del Otro en una respuesta que aloje.

Esto favorece nuevas formas de tramitación de lo pulsional por la vía de su enlace al significante, otras formas de sublimación como el humor, la producción, el trabajo y la creatividad. Esto promueve que lo que se muestra pueda enlazarse a la palabra.

Una definición más ajustada a la práctica preventiva orientada por el Psicoanálisis en ámbitos educativos sobre el abordaje de problemáticas adolescentes sería:

Prevenir es favorecer un pasaje del malestar a la sintomatización, es darle al síntoma estatuto de pregunta y, por lo tanto, es causar que sea escuchado disminuyendo su rechazo. Práctica preliminar sobre las condiciones del discurso (campo del Otro) que permitan alojar lo subjetivo en el lazo social y ofrezcan nuevos modos de tramitación del malestar adolescente. (Mozzi, 2019. p 353)

Bibliografía

ÁLVAREZA. (2006). La teoría de los discursos en la obra de Jacques Lacan. Buenos Aires: Letra Viva ed.

ÁLVAREZ, A. (2012). Psicoanálisis y Salud Pública-Seminario Primer encuentro. Mesa Panel organizada por Cátedra Libre Oscar Masotta. Transcripción. Rosario, 10 de mayo de 2012.

ANSERMET, F. (2006). Psicoanálisis y prevención precoz: la contingencia más allá de la necesidad. Revista L'Interrogant N°7. Fundación Nous Barris. Barcelona, España.

ASSOUN, P.L. Y ZAFIROPOULOS, M. (2006). Lógica del Síntoma y Lógica pluridisciplinaria. Buenos Aires: Ed. Nueva visión.

Autor Anónimo: (1981). Una prevención que hace síntoma. En Revista Espacios y Propuestas. Año 1 N°4. Buenos Aires. pp.5-8

BLEGER, J. ([1966] 2007). *Psicohigiene y psicología institucional*. Buenos Aires:Paidós.

BOURDIEU, P. (2002). La "juventud" no es más que una palabra. En *Sociología y cultura*. México: Grijalbo, Conaculta.

BRIGNONI, S (2012). *Pensar las adolescencias*. Laboratorio de Educación Social. Barcelona: Editorial UOC.

BRIGNONI, S. (2010). Una experiencia de conversación entre psicoanálisis y prácticas socio-educativas: de la gestión del usuario a la producción del sujeto. Texto establecido por FLACSO para el Diploma Superior en Psicoanálisis y Prácticas Socio-educativas .Curso 2010.1era cohorte. Clase N° 19.

CASTRO, M, CARRARO, I, LAMOTA,V. (2011). Adolescencia y época. En Revista ConsecuenciasN°6. Junio. Recuperado de <http://www.revconsecuencias.com.ar/ediciones/006/template.php?file=arts/variaciones/Adolescencia-y-epoca.html>

CEVASCO, R. (1996). *Psicoanálisis y ciencias sociales*. En Revista de la sección clínica de Barcelona, N° 8, pp. 13-15.

CEVASCO, R. (2010).Texto establecido por FLACSO para el Diploma Superior en Psicoanálisis y Practicas Socio-educativas. Curso 2010. Clase XIV- Modulo III.

CRIADO, M. (2005). La construcción de los problemas juveniles. En Revista Nómadas N° 23, Universidad Central Colombia, pp. 86-93.

DAMM, L.; YGEL, M. A. et al. (1999).*Del malestar a la creatividad: prácticas clínicas en prevención*. Tucumán: Magna publicaciones.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA. (2001) *Diccionario de Lengua Española*. Vigésima Segunda Edición. Colombia: Ed. Espasa.

FREUD, S. (1986).*Obras completas*. J. L. Etcheverry (trad.). Buenos Aires/Madrid. Amorrortu.

-----Interés por el psicoanálisis ([1913] 1986, Vol. XIII, pp.165-192)

GALENDE, E. (1990).*Psicoanálisis y Salud Mental: para una crítica de la razón psiquiátrica*. Buenos Aires: Paidós.

GANOZA, E. (2011). ¿Qué de las identificaciones en el despertar de la primavera? En *The Wannabe*. Revista virtual de la Nueva Escuela Lacaniana. Recuperado de http://www.nel-amp.org/the_wannabe_08/las_identificaciones_en_el_despertar.html

HARARI, R. (1994).*Psicoanálisis in-mundo*.Buenos Aires: Ed. Kargieman.

HOYOS, J. et al. (2003). Límites de los programas de promoción y prevención. Una perspectiva psicoanalítica. En Revista Iatreia. Volumen XVI. N° 2. Colombia. Recuperado de www.scielo.org.co/scielo.php?script=sci_nlinks&ref=000136

KORINFELD, D. (2010). Adolescencias y juventudes: los desconocidos de siempre ¿Hacia otros modos de lazo intergeneracional? Texto establecido por FLACSO para el Diploma Superior en Psicoanálisis y Prácticas Socio-educativas. Clase N° 16.

LACADÉE, P. (2010): El despertar y el exilio. Enseñanzas psicoanalíticas sobre la adolescencia. Madrid: Gredos.

LACAN, J (1972). Seminario XIX “...o peor”. Buenos Aires Ed. Paidós.

LACAN J. ([1955] 1985) Variantes de la cura-tipo. En Escritos I. Buenos Aires: Siglo XXI, pp.311-348.

LAZZARI, C. (2008). Prevención y psicoanálisis. Texto Curso FLACSO (Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales) sede Argentina. Diplomatura Superior en Psicoanálisis y prácticas socio-educativas. Buenos Aires.

LE BRETON, D. (2014). Una breve historia de la adolescencia. CABA: Nueva Visión.

LEJBOWICZ, J. (2010). Generaciones, nombres y lazos: la trama de lo colectivo. En Revista L' Interrogat N° 10. Fundación Nous Barris. Barcelona, pp.30-32.

MILLER, J-A. ([1984] 2006). Clínica bajo transferencia. Buenos Aires: Ed. Manantial.

MILNER, J.C. (2007). La política de las cosas. Málaga: Miguel Gómez Ediciones.

MOZZI, M. (2019). El psicoanálisis como práctica de discurso: perspectiva de la prevención en ámbitos socio-educativos. Tesis de Doctorado en Psicología. Facultad de Psicología. Universidad Nacional de Tucumán. San Miguel de Tucumán, Argentina. Disponible en <https://dialnet.unirioja.es/servlet/tesis?codigo=301591>

NASIO, J. D. (2010). Cómo actuar con un adolescente difícil: consejo para padres y profesionales. Buenos Aires: Paidós.

NÚÑEZ, V. (2004). Viejos y nuevos paradigmas... ¿qué pasa en Pedagogía Social? En Revista Interuniversitaria, N° 11, diciembre, Sociedad Iberoamericana de Pedagogía Social. Barcelona, pp. 111-134.

NÚÑEZ, V. (2005). Participación y Educación Social. Disponible www.projoven.gub.uy/.../Congreso%20educadores/10_Violeta_Nunez

OMS (2013) Boletín 2013. Salud y adolescencia. ¿Qué problemas de salud tienen los adolescentes y qué cabe hacer para prevenirlos y responder a ellos? Recuperado de http://www.who.int/topics/adolescent_health/es/

PARRAGA, H. (2007). La promoción de la salud es... ¿La promoción del deseo? En Revista Poiesis (Virtual), N° 13. Recuperado de <http://www.funlam.edu.co/revistas/index.php/poiesis/article/view/388>

PULICE; G. et al. (2007) Investigar la subjetividad. Investigación y Psicoanálisis. Buenos Aires: Letra Viva.

RECALCATI, M. (2004). La cuestión preliminar en la época del Otro que no existe. En 258 de Ornicar? Revista Digital Nouvelle Époque .Recuperado de <http://virtualia.eol.org.ar/010/default.asp?notas/mrecalcati-01.html>

REGUILLO, R. (1997). Jóvenes y medios: la construcción del enemigo. En Revista Latinoamericana de Comunicación Chasqui, 60. Recuperado de <http://chasqui.ciespal.org/index.php/chasqui/article/view/1148>

SAAL, F. (1996). Escritura y psicoanálisis. En Gerber et al. Escritura y psicoanálisis. México: Siglo XXI. También recuperado de <https://books.google.com.ar>

SALAFIA A (2012). Hablar ya es política. Lo colectivo es el sujeto de lo individual. En Revista Laspus Calami, N°3. pp.39-44. Buenos Aires: Letra Viva.

SOLER, C. (1997). La maldición sobre el sexo. Buenos Aires: Ed. Manantial.

STEVENS, A. (2001) Los nuevos síntomas en la adolescencia. Revista Lazos 4. Recuperado de <http://www.nel-mexico.org/articulos/seccion/textosonline/subseccion/Sintomas-del-siglo-XXI/757/Nuevos-sntomas-en-la-adolescencia>

Tizio, H. (2008). El enigma de la adolescencia. En Recalde, M. (Comp.). *Púberes y adolescentes. Lecturas lacanianas*. Buenos Aires: Grama ed.

TIZIO, H. (2010). Sobre la posición y el trabajo de los profesionales. El encargo social y los modos de afrontarlo. Dispositivos de trabajo. Texto establecido por FLACSO para el Diploma Superior en Psicoanálisis y Practicas Socio-educativas. Curso 2010. Clase XVIII- Modulo V. Mimeo.

TIZIO, H. (2014). El uso de las drogas en la adolescencia. En Freudiana N° 42, p.p. 38-42. . También recuperado de <http://instituto162.com.ar/wp-content/uploads/2014/05/22-El-Uso-de-Drogas.pdf>

ULLOA, F. (1997). Psicoanálisis de la Externidad. En Revista Actualidad Psicológica. Año XXXII, N°248, p.p. 16-19.

YGEL, M. (2005). La sintomatización del Malestar. La prevención como generar demanda. Ficha de Cátedra. Facultad de Psicología Universidad Nacional de Tucumán. Mimeo.